

CAPITULO XII

LOS COMIENZOS DE LA ADMINISTRACIÓN DEMOCRÁTICA
(1801 á 1821)

Empate entre Jefferson y Burr.—Comienzo de la supremacía democrática.—El sistema de los despojos.—Influencia de familia en la política.—Caída de Burr.—Hamilton muerto por Burr.—Los Livingston pierden el poder.—Enemistades políticas.—Bancos del Estado.—Vida y costumbres sociales.—Reglamentos municipales.—Mercados.—Deficiencias en la higiene.—Instituciones caritativas.—Fundación del sistema de la Escuela libre.—Sociedades científicas y literarias.—Literatura.—Comienzos de la navegación á vapor.—La guerra de 1812.—Derecho de visita.—Curso.—Inmigración europea.—Asimilación de los holandeses.—Emancipación de los negros.—«La invasión de Nueva Inglaterra».

En el colegio electoral, Jefferson y Burr, candidatos demócratas republicanos para la presidencia y la vicepresidencia, estaban en empate á causa del extraordinario sistema que entonces reinaba, lo que dejaba á la Cámara de Representantes la elección de uno de ellos como presidente. Los federalistas, por odio á Jefferson, estaban dispuestos á unirse para sostener á Burr, pero Hamilton se opuso con todas sus fuerzas á esta proposición, y desde entonces Burr es objeto de un odio particular y profundo. Por último, fué elegido Jefferson.

En la primavera de 1801, los demócratas nombra-

ron gobernador al veterano Jorge Clinton, al mismo tiempo que Witt Clinton era elegido miembro del consejo de nombramiento. Desde entonces tuvieron por vez primera la dirección íntegra y sin trabas de todo el sistema gubernamental de la nación y del Estado, y por tanto, de la ciudad. Desde aquella época, hasta nuestros días, el partido demócrata ha sido el partido dominante en la ciudad.

De cuando en cuando, durante un periodo de violenta situación política, ó cuando el continuo combate de las facciones que fraccionaban interiormente este partido era tan empeñado que agotaba sus fuerzas, sus adversarios del momento, unas veces los federales, otras los republicanos ó los miembros de algún agrupamiento efímero, como el de los americanos de extracción, consiguieron ganar una elección determinada. Pero su triunfo fué siempre momentáneo. Después de muy corta dilación, la democracia volvía al poder.

La victoria completa de los demócratas en el Estado y en la nación, bajo Clinton y Jefferson, fué seguida del establecimiento definitivo del sistema llamado en New-York el sistema de los despojos (1). Era éste un sistema, según el cual, los empleos se daban como recompensa de los servicios prestados al partido. Esto constituyó una regla, que dirigió la política, y fué aceptada, no solamente por los demócratas, sino por los federales, los *whigs* y los republicanos, sucediendo esto hasta en nuestros días, si bien se ha hecho un esfuerzo decisivo (que ha sido coronado por un éxito mediano) para aniquilar este sistema.

En realidad, la política había desempeñado, aun antes de 1800, un gran papel en la distribución de los

(1) Hablando con más propiedad, *la ralea* de los puestos.

empleos, pero la teoría de los nombramientos exclusivamente políticos no había sido autorizada por completo, y se había provocado una profunda irritación con motivo de las revocaciones políticas.

Además, hasta entonces se había ejercido una presión relativamente débil en estas revocaciones. En los asuntos nacionales, los federales habían tenido el poder en sus manos desde que se había adoptado la Constitución; no tenían entonces nadie á quien destituir.

Cuando Washington ocupó la presidencia, los ciudadanos estaban separados en dos campos: los partidarios de la Constitución y los contrarios á ella. Washington hizo sus nombramientos, en la mayoría de los casos, escogiendo entre los primeros, pero concediendo á sus adversarios políticos alguna participación en los empleos.

Durante su segunda presidencia y la de Adams, fueron nombrados algunos antifederalistas.

En el Estado de New-York, Clinton fué gobernador desde la organización del Estado hasta 1795. No intentó, pues, pronunciar revocaciones por motivos políticos.

Además, la cuestión de las revocaciones y nombramientos estaba en manos del Consejo de nombramientos, que á veces se manifestaba hostil al gobernador. Durante los diez primeros años que Clinton ocupó este cargo, no hubo, en realidad, más que un solo partido en el Estado, y así que los federales subieron al poder, nombraron muy pocos de entre ellos, porque Clinton se arregló muy diestramente para distribuir las funciones conforme á sus intereses de partido y á los intereses de sus amigos particulares, sin perder por esto de vista el interés público.

Cuando Jay le sucedió como gobernador, nombró especialmente federales; pero rechazó con indignación toda proposición encaminada á pronunciar revocaciones por causas únicamente políticas.

Después de 1800, todo esto cambió. Jefferson, como se ha dicho con razón, formula la doctrina «que á los vencedores pertenece la mitad del botín», y no se preocupó cuando la mitad de los federales perdieron sus empleos por revocación ó dimisión. En efecto, es imposible poner en práctica semejante teoría; si la mitad de los empleos se distribuye como un botín, es de todo punto necesario que la otra mitad lo sea también.

El mayor número de empleados nacionales de New-York fueron sustituidos bien pronto, y si los otros fueron respetados por el momento, fué debido á que Jefferson tenía en su gabinete á Alberto Gallatin, el cual era enemigo de una proscripción general como medida de partido.

Los que ejercían el poder en el gobierno del Estado de New-York no mostraron la misma moderación.

El honrado y anciano Clinton protestó contra la villanía de dictar revocaciones puramente políticas; pero tuvo que ceder ante el Consejo de nombramiento, que estaba dirigido por su sobrino Witt Clinton.

Este último había adoptado la teoría de Jefferson en la situación por que pasaba New-York, y declaró que todos los jefes de las ciudades, de los condados, de las grandes administraciones y demás, debían ser políticos adictos á la administración, mientras que los empleados de menos importancia podían ser distribuidos entre los partidos, proporcionalmente á su número. Esto quería decir, en rigor, que todos los federalistas debían ser destituidos y reemplazados por de-

mócratas. En otros términos: los vencedores se creían en el deber de efectuar una limpieza completa en todo el Estado y, por consecuencia, en todos los empleos, hasta en las funciones locales.

La ciudad había sido la fortaleza del federalismo. Los funcionarios fueron los primeros que sucumbieron bajo el hacha. Ricardo Varick había sido durante doce años un alcalde contrario al partido; fué destituido de un plumazo y nombrado en su lugar Eduardo Livingston. Este fué al mismo tiempo llamado por el gobierno nacional para el empleo de *attorney* del distrito de los Estados Unidos.

La alcaldía era una presa muy vivamente codiciada, porque no solamente su propietario disfrutaba de la presidencia del consejo comunal y de la repartición de plazas en gran número, sino que además presidía un consejo de archivos, que tenía poderes particulares y muy amplios. Sus estipendios los cobraba bajo la forma de honorarios y de tarifas calculadas con pocos escrúpulos, de suerte que constituían un sueldo respetable.

Cuando Livingston abandonó este cargo, fué confiado á Witt Clinton, entonces senador de los Estados Unidos, y presentó su dimisión de senador para ocuparla.

Sin embargo, el cargo de senador no era tan estimado como lo es en nuestros días.

Por esta época, otro senador de New-York presentó la dimisión para aceptar el empleo de administrador de correos de la ciudad.

Una docena de miembros y amigos de la familia Livingston fueron nombrados para empleos importantes. Todas las plazas del Estado estaban divididas entre ellos y los clintonianos. Estaban coaligados para

eliminar á Burr y habían sido siempre sostenidos por Jefferson, que hizo todo cuanto pudo por descartar del partido todo rival que pudiera surgir.

Desde esta época, cada una de las fracciones del partido demócrata, cuando llegaba la hora de turnar en el poder, se entregaba sin merced á la ralea de las plazas en detrimento de sus antagonistas de partido y de los extraños á él. Hacía una limpieza completa en todos los empleos. Así obraron los federalistas cuando empuñaron las riendas del gobierno del Estado por un tiempo muy corto, antes de la guerra de 1812.

No faltaba más que un paso para ascender del sistema que consistía en pronunciar revocaciones políticas sin atender á las aptitudes del propietario, al sistema que consistía en hacer nombramientos atendiendo á las necesidades políticas pero no á consideraciones de conveniencia.

Este intervalo fué de corta duración.

El consejo de nombramiento llegó hasta á dar algunas veces lucrativos empleos locales en la ciudad de New-York á partidarios influyentes de peligrosa reputación, que venían de distritos muy alejados del Estado.

Los clintonianos y livingstonianos, sostenidos con la carga de la administración nacional, redujeron á la nada la influencia de Burr en el partido demócrata, acabando por desprestigiarlo.

Este no fué reelegido vicepresidente, sino que le sucedió Jorge Clinton.

En la elección del Estado, que tuvo lugar en la misma época, el cuñado del canciller Livingston, Morgan Lewis, fué nombrado gobernador. Burr se presentó candidato independiente, esperando obtener, no solamente los votos de su propia fracción democrática,

sino los de todos los federales. La mayoría de éstos le votaron en efecto, pero un gran número de ellos, influidos por Hamilton, se negaron á ello, y si bien tuvo mayoría en la ciudad, fué en conjunto derrotado de una manera humillante.

Burr estaba completamente caído. Todas las facciones, todos los partidos le odiaban. Sin embargo, persistió en desempeñar su oficio con una energía impenetrable y una resolución inflexible, tomando una dura y terrible venganza de su más grande y formidable enemigo, Hamilton.

El duelo era en esta época admitido en la sociedad y en la política. Era un elemento característico de las salvajes luchas de los partidos en New-York. Uno de los compañeros de Burr había matado en un duelo al hijo primogénito de Hamilton. Otro había sido herido gravemente por Witt Clinton en un lance de la misma naturaleza.

En 1804, después de haber sido derrotado como candidato á la plaza de gobernador, Burr obligó á Hamilton á batirse en duelo, hiriéndole mortalmente en un encuentro á pistola, en Wechawken, lugar de cita preferido por los duelistas.

La muerte de Hamilton causó tanto sentimiento como indignación. Toda la ciudad le lloró. Sus mismos adversarios políticos no podían olvidar sus generosas y nobles cualidades y su brillante carrera como hombre de Estado.

Burr fué desde entonces despreciado por todos y el duelo recibió en New-York un golpe fatal.

En 1807, cuando había de elegirse un sucesor del gobernador Lewis, los Clintonianos, que formaban el flanco popular de la democracia, se declararon contra este personaje, hicieron fracasar su elección y derri-

baron del poder á la familia Livingston, á quien trataron exactamente igual que las dos facciones reunidas habían tratado á los Burrítas. Sin embargo, todavía durante algunos años los Livingston continuaron ejerciendo una gran influencia en el Estado, y durante la época en que el partido federalista todavía ejercía alguna influencia, una ó dos de las grandes familias federalistas, especialmente los Van Rensselaer, tuvieron gran autoridad en el mundo político. Pero después de la guerra de 1812, los federalistas se redujeron á un partido insignificante, y los Livingston, que formaban el ala aristocrática del partido demócrata, desaparecieron de la escena.

El reinado de las grandes familias que durante uno ó dos siglos habían desempeñado un papel tan considerable en la vida política de New-York, tocaba entonces á su fin. Perdieron hasta el último resto de influencia política, y la sociedad llegó, de nombre y de hecho, á lo que tendía á ser desde mucho tiempo atrás: una pura democracia.

La levadura aristocrática desapareció por completo de la pasta.

La influencia popular fué desde entonces absoluta y no dejó de serlo.

Después de la muerte de Washington, el mejor y más grande de los *leaders* federales, después de la llegada al poder de los demócratas jeffersonianos, los dos partidos que existían en New-York, como en todo el país, comenzaron á dividirse en circunstancias muy humillantes. Se hicieron guerra en el terreno preferido de la política extranjera.

Los federales prestaron apoyo á los ingleses en la lucha que hacía estragos sobre el continente europeo. Los demócratas auxiliaron á Francia. Los pri-

meros fueron designados con el nombre de facción inglesa, los segundos con el de facción francesa. Cada uno se excusó con abyecta servilidad, cada uno defendió los numerosos ultrajes cometidos contra nosotros por la nación de que su partido se hacía campeón.

Era ésta para la política americana una situación verdaderamente vergonzosa, como no se había visto peor en las épocas pasadas.

En esta época, ninguno de los dos partidos fué francamente nacional ni americano.

Con todo, debe decirse, en honor suyo, que buen número de demócratas de New-York rehusaban seguir hasta lo último á los jeffersonianos extremos, en lo que concernía al embargo y á los asuntos que con él se relacionaban.

Por otra parte, los federalistas, á excepción de una minoría dirigida por el gobernador Morris, rehusaron tomar participación alguna en los movimientos de sus partidarios y amigos de Nueva Inglaterra, durante la guerra de 1812.

Después de esta guerra, los federales desaparecieron gradualmente, mientras que sus adversarios se dividían y subdividían en un caos de facciones, donde es casi imposible, si bien innecesario, dar cuenta detallada de las innumerables batallas y querellas.

Durante todo este período, las luchas políticas tenían un carácter de extrema dureza, lo que atestigua el grotesco estilo de los diarios.

La más curiosa de estas manifestaciones fué aquella que se relacionaba con la constitución de los Bancos. Entonces éstos recibían una especie de títulos instituidos por un acto especial. Era completamente imposible á un Banco, cuyos empleados y accionistas pertene-

ciesen á un partido, obtener un título de esta naturaleza de una legislatura dominada por el otro partido.

Aaron Burr realizó este esfuerzo una vez, antes de la caída del partido federal en 1800, aprovechando el grito general de la ciudad, que reclamaba mejor agua. Planteó un *bill* que daba derecho á una compañía para abastecer de agua á la ciudad, é incluyó en ese *bill* un artículo sin aparente importancia que permitía á la compañía organizarse «para otras diversas operaciones».

Una vez otorgado el título, la compañía se transformó bien pronto en un Banco y abandonó el asunto de la provisión de agua.

A comienzos del siglo, New-York era una ciudad de sesenta mil habitantes.

La vida social era todavía aristocrática. Las familias importantes conservaban todavía su prestigio. En efecto, los Livingston ocupaban el cenit del poder en el Estado, y poseían una influencia social y política de primer orden. Eran muy ricos y vivían con gran suntuosidad, con numerosa servidumbre de negros con librea, tanto libres como esclavos. Las casas urbanas eran grandes y hermosas, y sus vastas residencias rurales estaban diseminadas sobre las pintorescas riberas del Hudson.

Las divisiones entre las clases superior, media é inferior eran bien manifiestas. Las familias antiguas formaban un círculo bien determinado, y entre ellas, los grandes propietarios de tierras aspiraban á darse tono, aunque los negociantes ricos, del mismo origen que ellos, eran superiores en número y estaban en realidad al mismo nivel.

Pero los días de esta aristocracia social y política estaban contados.

Perdió desde luego su poder político, que se hundió en la marea de la democracia. Después, su supremacía social (vano título desde el momento que nada la sostenía) sufrió la misma suerte al cabo de una ó dos generaciones, cuando sus descendientes fueron desalojados de la peña solitaria en que estaban refugiados, por aquellos cuyos padres ó abuelos habían alcanzado enormes fortunas saliendo de linajes muy humildes.

La caída de esta clase, considerada en sí, no era nada lamentable, porque ninguno de sus miembros, individualmente, tuvo participación en ella, sino que merecía caer.

Todo descendiente de una antigua familia, por modesta que fuese, tenía tanta probabilidad como cualquier otro para hacer su carrera en el mundo de la política, de los negocios, de la literatura, y según nuestro código y nuestro ideal, cualquiera que exija más no es hombre digno.

Sin embargo, la presencia de las grandes familias concurría indiscutiblemente á crear una atmósfera adecuada á los placeres de la vida social de New-York durante los primeros años del siglo.

La ciudad tenía cierto aspecto semiprovinciano muy característico.

Los *gentlemen* continuaban llevando el traje elegante y emperifollado que distinguían á las clases elevadas de Europa, más pintoresco, ya que no más cómodo, que el traje de nuestros días.

Las señoras se inclinaban más á seguir las modas de París que las de Londres.

Todas las personas pudientes tenían sus carruajes, muy toscos, de los cuales se servían frecuentemente para viajar y para hacer viajes de recreo.

La estación mundana era el invierno; en esta época

sucedíanse sin interrupción las comidas, los bailes, las partidas de te y de naipes.

Uno de los grandes atractivos, el teatro del Parque, podía contener mil doscientas personas, y veíase siempre lleno cuando se anunciaba una buena función.

Entre las diversiones favoritas se contaban también las partidas de trineos, en las cuales se solía comer en una de las seis ó siete tabernas importantes situadas á algunas millas de la ciudad. Al regreso venían alumbrados por antorchas, cuando no podían hacerlo con la luz de la luna.

Los matrimonios se celebraban con grandes fiestas.

En verano, el paseo de moda era el parque de artillería, con sus grupos y filas de pomposos árboles y su larga calle, formada por éstos á orillas del agua.

Cuando terminaban las *soirées*, una orquesta daba conciertos desde una lancha.

Los «Jardines», tales como Colombia Garden y Mount Vernon Garden (1) sobre Broadway, servían también de sitios de reunión cuando hacía calor. En medio de estos jardines se encontraban plazas descubiertas rodeadas de árboles, en los cuales se colgaban guirnaldas de linternas de color. En el centro había fuentes y mesitas, donde se servían helados. Se encontraba allí, de ordinario, una buena orquesta.

Al aproximarse los meses de calor, existía la costumbre de irse á alguna estación balnearia de moda, á las fuentes de Ballston, por ejemplo, donde uno podía divertirse con toda libertad.

Las casas de las personas acomodadas eran, generalmente, de ladrillo; las de la clase pobre eran de madera.

(1) Este último se encontraba en *Leonard Street*, que estaba entonces algo retirada de la ciudad.

Había unas treinta iglesias; las principales calles ó caminos eran *Broadway* y el *Bowery*. Por la noche estas calles se iluminaban con lámparas de aceite. Todo propietario estaba obligado á cuidar, como si fuera suya, la parte de vía pública que había delante de su fachada.

Existían grandes mercados para las legumbres, las frutas, la carne, que traían los colonos de la vecindad, así como el pescado y la caza. Long-Island suministraba caza mayor en abundancia y también gallinas de prado, ó de matorral, como se las llamaba entonces.

Generalmente se empleaba como combustible la madera de nogal. Las grandes chimeneas las limpiaban deshollinadores negros.

Los hombres llevaban la leche de casa en casa en grandes cántaros de hoja de lata, por medio de un yugo de madera colocado sobre sus espaldas.

El agua de los pozos era muy mala. La potable, procedente de manantiales, venía de fuera; era transportada en carros por las calles.

La situación sanitaria de la ciudad era deplorable.

La inmigración extranjera había comenzado á tomar grandes proporciones, si bien muy poco importante relativamente á lo que fué más tarde, y los inmigrantes vivían en cuevas y miserables tugurios. Frecuentemente la ciudad era castigada por una epidemia de fiebre amarilla. Entonces todos los ciudadanos que podían abandonar la ciudad lo hacían, y los que quedaban en ella morían á centenares.

A medida que aumentaba la ciudad aumentaba también la clase de pobres que eran incapaces, á lo menos en tiempo de miseria, de atender á sus necesidades. Se crearon fundaciones caritativas para procurar

destruir este mal. Se construyeron asilos para huérfanos y hospitales. Se establecieron sociedades para visitar á los pobres en su domicilio, las cuales dieron prueba de actividad, y su existencia demuestra cuánto difería New-York del distrito ó villa rural del tipo americano, donde los pobres estaban tan en corto número, que no era necesaria semejante asistencia, y donde apenas si había nadie que no lo tomaran por un insulto. Desde 1798, una sociedad mencionó en su memoria el hecho de que había sostenido, durante un rudo invierno, precedido de un verano de excepcional malignidad, á más de trescientas viudas y huérfanos, que sin esto hubieran tenido que refugiarse en los asilos de los pobres. Sin embargo, esta miseria extrema era siempre local y pasajera. No existía entonces ninguna de esas condiciones que mantienen el pauperismo y la miseria de los barrios muy cargados de población.

Las primeras Cajas de ahorros se establecieron en 1816.

En 1805 fué cuando se echaron las bases de nuestro sistema de escuelas libres. Los holandeses, durante su período de soberanía, habían mantenido las escuelas con los gastos públicos; pero después que cayó su gobierno, la enseñanza fué abandonada á los esfuerzos de los particulares.

Cada iglesia tenía su escuela, la enseñanza era privilegio especial del clero, y había, además, un gran número de escuelas privadas y escuelas libres de beneficencia.

Los ciudadanos amigos del bien público comprendieron bien pronto que, en un gobierno popular, el primer deber del Estado es procurar que los hijos de sus ciudadanos sean educados como deben serlo. Como

consecuencia, un buen número de ciudadanos distinguidos formaron una sociedad para establecer una escuela libre. Obtuvieron del Parlamento un título, y abrieron su escuela en 1806. Declararon públicamente que su objeto era atender á la educación de los niños pobres que no pudieran recibirla de ninguna sociedad religiosa, porque en esta época todas las teorías de la educación coincidían en que la religión debía formar parte de la educación y casi todas las escuelas pertenecían á sectas.

Las escuelas libres fueron más numerosas, gracias á las atenciones de la sociedad, y acabaron por llamarse escuelas públicas.

Con este crecimiento y con este cambio, el sistema sufrió, poco á poco, una transformación completa, si bien uno de los principios fundamentales de la política en New-York, como en todas partes de los Estados Unidos, fué el establecimiento de escuelas públicas libres, no confesionales, mantenidas y dirigidas por el Estado, y frecuentadas, en su mayoría, por niños preparados para ir á la escuela.

Las escuelas confesionales, que ocupaban el primer lugar antes de la creación del sistema de las escuelas libres, han sido hoy día relegadas á un lugar muy secundario.

Quizá el mejor resultado que se haya obtenido por la escuela pública haya sido el de americanizar á los emigrantes, ó más bien á sus hijos. Sería difícil exagerar hablando del bien que resultó en este sentido.

A comienzos del siglo XIX se fundaron en New-York gran número de sociedades científicas y literarias. La ciudad podía ya ofrecer, de cuando en cuando, hombres de ciencias ó de letras, además de los abogados y de los *clergymen*. Los primeros ocupaban el primer

lugar durante la época revolucionaria y la que le siguió.

Un letrado original y dotado de grandes aptitudes, que al mismo tiempo fué aficionado á las ciencias, y que se mezcló también en política y filantropía, el doctor Samuel Latham Mitchell, fué uno de los tipos de más relieve y más excéntricos de esta época.

Carlos Brockden Brown publicó una ó dos novelas misteriosas que, en su tiempo, estuvieron en boga aún más allá del Atlántico; pero no han dejado al presente otro recuerdo que el de haber sido los más antiguos ensayos americanos de este género, pudiendo afirmarse que Washington Irving fué el primero que abrió las puertas de la verdadera literatura, con su publicación *Historia de New-York*, por un Knickerbocker, en 1807.

Este mismo año 1807 fué memorable por haber comenzado la navegación á vapor. Roberto Fulton, después de muchos ensayos, acabó por inventar un modelo de máquina para navegar, y como ensayo, remontó el río entre New-York y Albany, en su lancha de vapor *The Clermont*. Así inauguró la era de la locomoción por el vapor, á la cual debemos cambios económicos y locales de tanto alcance, y más que á otra causa, los numerosos y maravillosos inventos nacidos en este siglo.

Una veintena de personas disputaron á Fulton la prioridad de su descubrimiento, entre otros compatriotas suyos, John Jobeh, Nicolás Roosevelt y John Stevens, que construyeron barcos de vapor, pero sin resultado.

El hecho probado es que él fué el primero que consiguió pasar del principio á la aplicación, correspondiéndole ese honor.

En muy poco tiempo se construyeron un buen número de *steamboats* americanos. En 1811, Nicolás Roosevelt les hizo penetrar en el Mississipi, mientras que Stevens lanzó el suyo sobre el Delaware. Durante la guerra de 1812, Fulton construyó, con arreglo á su propio plan y bajo la dirección del Congreso, una gran fragata de vapor, con sus flancos acorazados á prueba de cañón, y congruesas piezas de artillería. Dió un buen resultado; pero apenas estuvo dispuesta cuando se hizo la paz. Sin esto hubiérase adelantado medio siglo á las hazañas del *Merrimac*.

Fué una desgracia para la ciudad de New-York que esta fragata de vapor no estuviese terminada antes, porque New-York fué rigurosamente bloqueada durante toda esta guerra, que estaba muy lejos de ser popular entre los negociantes de la ciudad.

Sin embargo, debieron haber comprendido que la guerra era de las más necesarias á sus intereses comerciales, no menos que al honor de la nación y al respeto que se debía á sí misma. En efecto, las fragatas de Inglaterra habían mantenido la ciudad durante doce años de supuesta paz, en estado de bloqueo más ó menos riguroso, ejerciendo el odioso derecho de visita. Ejercían una vigilancia muy severa sobre todos los navíos que salían ó entraban. Se cernían como halcones sobre la costa, cruzaban la bahía inferior y hacían fuego sobre los barcos costeros y los buques mercantes, para obligarles á acercarse á la orilla. En cierta ocasión hubo un hombre muerto en la tripulación de un barco costero, y esta afrenta jamás fué vengada.

Cuando por fin fué declarada la guerra, muchos jóvenes de la ciudad, que sufrieron con resignación los insultos que habían oído, abrazaron con diligencia

la profesión de corsarios, que les aseguraba á la vez el provecho y la revancha. New-York lanzó por veintenas sobre el mar los navíos de sus armadores para destruir el comercio del enemigo, y éstos eran adversarios formidables, sobre todo al finalizar la guerra, pues entonces el tipo de barco corsario era un gran *brick* ó un *schooner* admirables por su velocidad y su belleza, bien armados y provistos de numerosa tripulación. El guarda-costas afortunado que había hecho varias presas, aseguraba la fortuna á su armador, á su capitán y á sus marineros.

Algunos de los encuentros marítimos más encarnizados que se recuerdan tuvieron lugar entre corsarios neoyorkinos de esta época y expediciones enviadas por las fragatas ó las escuadras enemigas para cortarles el camino. El ejemplo más famoso fué la batalla que se dió en Jayal por el *General Armstrong*.

Con la terminación de la guerra, con el comienzo de la inmigración europea en tan gran escala, con la adopción de una constitución radicalmente democrática, la historia antigua de New-York puede considerarse como terminada; y se puede datar de entonces la de la ciudad moderna en condiciones completamente diferentes.

Nunca la ciudad ha tenido, ni antes ni después, una población tan aproximada á la homogeneidad como en la época de esta segunda guerra con la Gran Bretaña. Nunca había tenido la sangre inglesa tal preponderancia, jamás la lengua inglesa había estado tan cerca de ser la única hablada en el mundo.

La lengua holandesa había desaparecido. Los mismos holandeses se habían asimilado la inglesa por completo.

La fusión había sido todavía más perfecta por lo que atañe á los hugonotes franceses (1).

El alemán no era hablado más que por un pequeño grupo de individuos, que disminuía sin cesar.

Respecto á los inmigrantes irlandeses, estaban en su mayoría fundidos con la población, y los restantes eran en muy pequeño número para tener importancia alguna.

Los negros habían dejado de formar un elemento importante de la población. La emancipación gradual, comenzada en 1799, terminó en 1827.

En los treinta y cinco años que siguieron á la revolución, la inmigración procedió en especial de Nueva Inglaterra. De aquí resultó que la infusión de sangre, casi puramente inglesa, fué enorme.

Los viejos neoyorkinos miraban con malos ojos esta «invasión de la Nueva Inglaterra», como ellos la llamaban; pero este sentimiento no duró mucho tiempo, pues al cabo de cierto tiempo, muy corto por cierto, era casi imposible distinguir los nuevos de los viejos habitantes.

Igualmente, desde el punto de vista religioso, el pueblo estaba más acorde que hasta entonces lo había estado y que lo ha estado después. Las agrias rivalidades, los antagonismos entre las diferentes sectas protestantes, tan notables en los tiempos coloniales, eran atenuadas muchas veces. El catolicismo romano no había adquirido todavía importancia. La miseria no era entonces grande; y tampoco existían fortunas colosales. Las condiciones de la vida cívica ó municipal no tenían nada de común con lo que son en nuestros días, y entonces no se planteaba ninguno de los formidables problemas que tenemos que resolver hoy día.

(1) Sin embargo, una iglesia hugonote ha conservado siempre su lenguaje, principalmente en interés de los extranjeros.

CAPITULO XIII

DESARROLLO DE LA CIUDAD COMERCIAL Y DEMOCRÁTICA (1821 á 1860)

Aumento de la población.—Enmiendas de la Constitución.—Extensión del derecho de voto.—Medidas constitucionales para la elección de los funcionarios.—Prosperidad material.—El canal del Erye.—Transporte por vapor y electricidad.—Iniciativa comercial.—Carreras de Juan Jacobo Astor y de Cornelio Vanderbilt.—Comercio de pieles.—Los *clippers* de New-York.—Decadencia de la marina mercante.—Peligros del pauperismo.—Aumento de la inmigración.—La población alemana.—La población irlandesa.—Los inmigrantes se americanizan.—Desarrollo de la Iglesia católica romana.—La epidemia del cólera.—Motines.—Partidos políticos.—Oposición de los católicos romanos al sistema de escuelas públicas.—Poder de Tammany-Hall.—Engaños electorales.—Venalidad municipal.—Intervención del Estado en los asuntos municipales.—Sublevación de la policía.—Arquitectura.—Artes y literatura.—Viajes á Europa y efectos que producen.—Caracteres de la sociedad.

En 1820, New-York contaba próximamente ciento veinticinco mil habitantes.

El deseo de una Constitución más democrática para el Estado fué satisfecho por el Convenio de 1822. Las enmiendas á la Constitución, propuestas y adoptadas entonces ó los años siguientes, tendían á aumentar la influencia directa del pueblo, dando libertad al derecho de voto y á descentralizar el poder en provecho del *self-government* local.